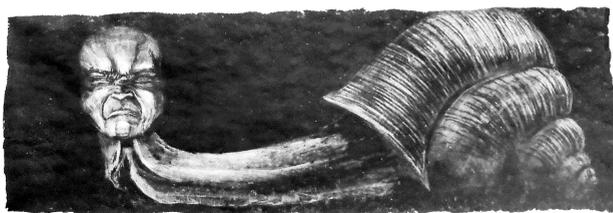


Editorial

EL VUELO DE LA POLÍTICA



Lea Ziro, *Se estaba mejor dentro...* Litografía. 25x10 cm. 2012

Por qué los hombres colman con tanto
escuadrón las riberas.

VIRGILIO, *Eneida*¹.

El torbellino actual de novedades en la vida pública, y su envergadura, reafirma la trascendencia de la megapolítica. La teoría liberal siempre había insistido, aunque a casi nadie le importara, en que la democracia se construía sobre la legalidad y la libertad de mercado. En otras palabras, se mencionaba el Estado de derecho y era oportuno porque el actor principal en esa política amplia era el Estado, nunca las naciones.

El gobierno de amplias poblaciones quedaba así bendecido con el avance de la democracia moderna. Claro que no se decía tan claro que ese planteamiento solo estaba pensado para limpiar de tiranía e injusticia ilegal el espacio marcado por las líneas del territorio. El conflicto armado se expulsaba al exterior vestido primero como vigilancia y en caso necesario como intervención benefactora para proteger a otros de sus propios males.

Fijar un territorio es en sí una transformación decisiva. Porque ello implica que se determina un espacio fijado previa y arbitrariamente —atención al término— por sus diseñadores.

¹ VIRGILIO, *Eneida*, ed. de Rubén Bonifaz Nuño, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2ª reimpresión de la 2ª edición, 2011, VI, 712, p. 138.

La existencia de territorio trae consigo un espacio interior en donde se establece una legalidad, si bien deja un afuera en donde tales condiciones no se aplican y en donde dichas bendiciones públicas no tienen por qué aparecer. Es más, para la mayoría de los fundadores de estados o de sus ideólogos, el espacio extra-muros no es lugar de libertades democráticas. El territorio de fuera de nuestras fronteras es fuente de peligros y no cuenta para que apliquemos en él las mismas acciones que haríamos en casa, en la política doméstica. Para medrar nosotros, habrá a veces que marcar la diferencia con desprecio, altivez o soberbia con respecto a los demás. Son esas “violetas imperiales” que adornan siempre los proyectos identitarios. Recursos siempre omnipotentes.

El mundo colonial europeo, con sus desmanes narcisistas, es una buena muestra de esto. Pero eso no es un resultado únicamente del pasado asfixiante del romanticismo en política, ya que hoy seguimos viendo cómo se producen anexionaciones de territorios en nombre de la libertad, la seguridad del mundo, la dignidad de un país o los valores acumulados de la historia. Y el territorio enmarcado por esas líneas puede ser expropiado —algunos impacientes lo anexionarían— con procedimientos de la lógica guerrera o de las movilizaciones góticas de la sociedad vigilante. Se arma ruido, se producen intentonas militares, pero es posible que una fuerza “incontenible” como les gusta pensar a sus seguidores, se haga con el territorio y se lo adjudique entre la rabia y el desasosiego de sectores muy grandes de la población afectada por desplazamientos, expulsiones o transmutaciones culturales. Recalificaciones que pueden convertir a un patriota en traidor de la noche a la mañana o hacer que a un ciudadano de casa le denominen forastero.

La política del siglo veintiuno se presenta muy agresiva en los cambios. A los que nos sorprendíamos de la atonía en la ciencia que se ha vivido desde la caída del muro en 1989, esto al fin nos pone en contacto con la verdad del siglo. El estallido de los wiki-leaks y el desempeño de las guerras locales espontáneas vienen a dejar en evidencia a esa especie de escolástica de la teoría política que nos tenía a muchos sorprendidos. Tendríamos que mirar atrás al siglo dieciocho para encontrar algo parecido; que bajo capa de estar produciendo progresos racionales para la humanidad, se estaba apuntalando por el contrario un reino de la guerra. Viene a ser como vivir tranquilos duchándonos a diario con gasolina.

EL LIBRE ALBEDRÍO

La acción de los ciudadanos demócratas, y la de sus hijos, tiende con frecuencia a usar como estrella polar su libre albedrío, sin saber probablemente que ese concepto está firmemente anclado en aquel *libero arbitrio* que tanto interesó a Agustín de Hipona (354-430) y a Anselmo de Aosta (1033-1109). El mismo que sirvió para que se enzarzaran agriamente sabios reformistas como Erasmo de Rotterdam (1466-1536) y Martín Lutero (1483-1546).

La importancia de pasar desde el amplio espacio de la ley y sus variantes a hablar de los arbitrajes es decisiva. Arbitrar, como aún revela la expresión “ser arbitrario”, implica salir a un ámbito extra-legal para sujetarse a un arbitraje de manera voluntaria —siempre el predominio del ejecutivo— y a lo que determinen sus árbitros. Lógicamente vamos a estar moviéndonos dentro de un terreno fijado con una línea, trazada por una tiza física o mental, que delimita a las claras y de manera trascendente un adentro y un afuera. El principio de territorialidad en el derecho actual consagra esta idea.

Los árbitros ya no podrán dar sentencias, sino laudos². Y pitidos, añadiríamos nosotros, porque sus decisiones han de ser inmediatas y sin titubeo. Para ellos, ver, decidir y pitar es casi automático. El asunto nos lleva a extremos casi ridículos, como ocurre con la figura en los deportes del llamado *juez de línea*.

Curiosamente los reglamentos no tratan de las faltas de los árbitros. Por otra parte, sus decisiones son inapelables. Se trata de aligerar tiempos, ahorrar costas y sujetar el desempeño del buen juicio a la razón.

En el escenario mundial vigilante ya se lleva atendiendo a esto desde tiempos casi remotos. Los estados actúan prácticamente a su libre albedrío, convirtiéndose ellos en árbitros de la política exterior que aplican implacablemente según su propio reglamento. La vida internacional, palabra que quiere decir interestatal, ha quedado ya consagrada como actuaciones estratégicas en territorio abierto, y en donde los estados se dan a sí sus propias reglas. Y sus actos ejecutivos son prácticamente inapelables, ya que no están sujetos a ninguna sentencia ni cuentan con el respaldo efectivo de un juicio previo llevado a cabo con garantías. Reina inconmensurable la autonomía.

Los actores mundiales deciden entrar y salir aquí o allá tras tomar decisiones propias. Sí es posible que estas decisiones estén supeditadas intra-portas a algún control parlamentario, pero con dificultad.

² Agradezco estas ideas a mi colaborador Jorge Loza.

Las irregularidades de la megapolítica nos hacen comprender que si los estados conviven tan a gusto con esta situación mundial tan arbitraria es porque ellos ya son agentes que se conducen en el espacio mundial a su libre albedrío. Se ha esfumado el buen juicio letárgico, se han camuflado las leyes como artilugios territoriales y los mandos estratégicos del Estado, dotados de inmensos medios de comunicación, actúan sin “reservas” ni “contemplaciones”.

No es extraño que abunden las leyes patrióticas especiales. Pueden ser antiterroristas o revolucionarias y los préstamos patrióticos ser promovidos para evadir cualquier control de la contabilidad del Estado y de sus presupuestos.

En un planeta lleno de estados que se mueven a su libre albedrío, no es de extrañar que aparezcan situaciones que pongan en peligro la paz mundial. O, mejor dicho, la estabilidad del planeta.

EL GOBIERNO DEL *SELF*

En una situación tan falsamente estable, por no decir que abiertamente peligrosa, resulta agobiante tener que pensar además en democratizar el *self*. Los movimientos de la política vigilante, con su apoteosis de las ideologías movilizadoras, no favorecen demasiado el pararse a pensar en estos términos.

Los ideólogos, erigidos como sacerdotes de su fe, siempre han presumido ellos y exigido a sus seguidores la necesidad de la piedad dogmática. En unos casos se habla de “compromiso”, en otros de “entrega” a la causa. Tales palabras llevan consigo el tinte de esa solución final que caracteriza a las ideologías románticas, al mundo de la sociedad vigilante.

El seguidor más radical, el de mayor compromiso, es el que más avanzará en su carrera de preeminencia militante. Los que sencillamente se conforman con estar de acuerdo y pensar en la línea que les proponen —lo cual es ya de por sí mucho—, se encuentran desmerecidos entre los suyos por ser tibios, mediocres, amarillos, cobardes, torpes; es decir militantes de segunda o tercera clase:

Mas porque eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca³.

Y eso sí, en época de crisis, no se recurre incluso a alguna limpieza a fondo en el partido o en la sociedad y estos asustadizos son objeto de alguna purga regeneradora, una limpieza moral.

³ Apocalipsis 3:16.

En todo este funcionamiento de las sociedades, fraternidades, sindicatos, partidos o medios intelectuales, aparecerá como esencial el concepto de identidad, una de las palabras más activas y peligrosas en el manejo del gobierno. Arriesgada precisamente por lo que tiene de ambigua y de movilizadora. Alude además a cosas necesarias para la vida y muy trascendentes a la hora de mantenernos alejados de la psicosis.

IDENTIFICARSE

Es conocida la afición de las policías autoritarias a demandar la identificación de los transeúntes. Pero esto es algo que también ocurre en el desarrollo de la ciudadanía. Los adultos nos quejamos de que los jóvenes preadolescentes sean arrastrados por sus grupos de amigos con más fuerza que sus padres, pero este hecho incontestable no deja de ser el mismo que les ocurre a los mayores con sus adicciones culturales o sus instituciones de albergue o afiliación.

La incorporación a nuestros grupos de referencia en la vida siempre exige como condición previa, no siempre explicitada, que nos proveamos de una fuerte identidad. El mecanismo no es cualquier cosa, ya que los hostales que nos esperan necesitan elementos con fuertes dosis de identidad. La fuerza de nuestra identidad vendrá medida por nuestra radicalidad al defender la ideología y los sentimientos del común. En este ambiente la apreciación de los ídolos y de los iconos deberá ser sincera, con compromiso y sin titubeos; y hasta límites que sobrepasen la propia seguridad física y la mera comodidad del individuo.

La entrada en estos movimientos sentimentales y en sus organizaciones se acompaña siempre con fuertes protestas de sacrificio, autenticidad y aceptación incluso de riesgos: se necesita demostrar la apuesta final por la causa.

Ni que decir tiene que esto genera mucha preocupación en los seres queridos que observan tales acciones. Tanta o más como la de los padres y educadores cuando ven cómo los juveniles se les van, arrastrados por ídolos de bandas o grupos de amigos que les encantan.

Huelga decir que en todos los casos los individuos marchan tras aquellos objetos que piensan les han de proveer con una fuerte identidad y satisfacer necesidades psíquicas profundas. De este modo se desvanecerán las tendencias esquizoides vividas seguramente como desorientación (sentirse perdidos), el rechazo de nuestra sociedad (incomprensión), el aburrimiento (depresión), el miedo a la vida (inseguridad) y la sensación de un vacío insoportable que corroe todo lo que les rodea y amenaza con pulverizarlo.

Pero claro que el problema no es que estas identidades se impongan decididamente a los sujetos. El asunto trascendental es que los individuos necesitan de

ellas en alguna manera para sobrevivir mentalmente y no caer en el vértigo de la despersonalización.

Esta ambivalencia de la identidad la convierte en un instrumento muy peligroso en política porque ofrece unos resultados extraordinarios a los dictadores y a los movimientos totalitarios, a la vez que se necesitan para vivir. Y nuestra ciencia política, con su estéril aristotelismo, ha sido un saber inútil a la hora de enseñarnos a convivir con ellas, en su caso disfrutarlas, sin dejarnos arrastrar hacia la perplejidad ante el matoneo y la brutalidad de las armas.

JAVIER ROIZ

Valdivia (Chile), Septiembre de 2014